

**Eduardo Williams
Robert Novella
(coordinadores)**

*Arqueología del
Occidente de México:
nuevas aportaciones*

El Colegio de
Michoacán, México
1994, 381 p.

Hacer una publicación acerca del Occidente de México, con lo poco que se sabe y lo mucho que falta por conocer de la arqueología de la región, no es sólo intentar un resumen. Significa también enfrentar lo que hace falta entender y lo que se quiere agregar, como nuevo conocimiento, a lo que ya se tiene y localizar los huecos que hay que llenar. Por último, y lo más importante, plantear las relaciones que se pueden establecer.

Esto es una tarea necesaria porque conocer la arqueología de una región no es sólo hacer el inventario de los sitios que han sido explorados en ella. No debe olvidarse que las metas de la arqueología van más allá de la disyuntiva de saber o no saber, y que su misión no es sólo la de hacer huecos en la tierra para llenarlos en el conocimiento. La buena arqueología trata de usar esos datos para establecer relaciones en el tiempo, en espacio y dentro de grupos étnicos sociales.

En ese sentido, libros como el que se presenta hoy son una espléndida idea, quizá una de las más lógicas y justas para este

momento en la arqueología mexicana y, en particular, para la zona occidental. Creo que en un futuro próximo veremos, afortunadamente, muchos libros como éste, aunque no es frecuente en la actualidad que una persona escriba varios libros gruesos; es más común que aparezcan tomos hechos de artículos, de selecciones y de antologías. Quizá, incluso, valga sugerir a El Colegio de Michoacán la conveniencia de buscar, para su publicación, obras que editaron hace muchos años sobre el tema de la arqueología (y la etnología) del Occidente de México y que ya no se encuentran; así como sugerir la edición de antologías y reimpresos que, además de que se venderán bien, serán muy útiles y valiosos para todos como fundamentos para futura investigación.

Los artículos que Williams y Novella publican hoy cubren aspectos sobre el tema. Agregan conocimientos e intentos de síntesis a distintos aspectos. Actualmente agregar información a lo que se sabe de un tema, de una región o de un aspecto no sólo enriquece a la arqueología del Occidente sino que permite hacer algo nuevo con los conceptos de la arqueología de sus regiones y verlas como entes que en un pasado, con menos detalles, eran más difíciles de concebir.

El trabajo de hoy se refiere a las contribuciones a un simposio en la reunión de americanistas de Nueva Orleans en 1991.¹ Se habla de Occidente de México, un área interesante para el estudio de la arqueología en América, una región que se definió sin que

nadie la definiera. Al hacer la historia de la definición de Mesoamérica se deben ver momentos anteriores de su enunciado formal y con ellos la caracterización de algunas de sus regiones componentes. Un ejemplo es la contribución de Kroeber en *Natural and Cultural Areas in native North America*, donde define el área maya, encontrando en ella una unidad cultural y de desarrollo así como una definición ecológica. Para Oaxaca Kroeber encuentra definiciones similares. El Golfo y el Centro de México son igualmente concebibles. Para el Occidente más o menos todo lo que dice es: "...and West Mexico is probably also a region". Obviamente en ese momento (Kroeber estaba escribiendo en los años veinte) no se sabía gran cosa sobre el Occidente de México.

Cuando Kirchhoff logró su famosa definición, al principio de los años cuarenta, se apoyó en los datos de las relaciones histórico-geográficas del siglo XVI, en el censo de Felipe II. No dependía de lo que se supiera de la arqueología del área sino de las respuestas a funcionarios. Valdría la pena explorar la posibilidad de que las relaciones que han aparecido después de 1943 modifiquen el mapa de Kirchhoff.

La conclusión que se desprende del trabajo de Kirchhoff es que el área es poco conocida. Incluso es posible preguntarse en consecuencia si el Occidente de México es mesoamericano o no, o qué parte de la zona lo es y hasta dónde es un área independiente, o incluso si no es en realidad parte del suroeste de Es-

1 47 Congreso Internacional de Americanistas, simposio "Recientes desarrollos en la arqueología del Occidente de México", coordinado por Robert Novella y Eduardo Williams, 7 a 11 de julio de 1991, Universidad de Tulane, Nueva Orleans.

tados Unidos. No es sólo una cuestión de tipología cultural, es importante para poder estudiar la relación entre Mesoamérica y esa región de Norteamérica.

Un tema también urgente desde luego es el estudio del grado de desarrollo de la zona. En el libro que se publica está presente ese tema en un artículo de Eduardo Williams. Poca gente en Mesoamérica hoy, además, es capaz de resistir la tentación de discutir si se trata de estados o de cacicazgos.

El libro cubre problemas válidos en muchos campos. Su formato es el correcto; en este sentido también constituye una buena obra de arqueología. En las primeras páginas tiene un buen mapa, de hecho una serie de buenos mapas, y una serie de buenas tablas. Forma parte de una tradición arqueológica mundial aceptable, bien hecha. Y, como dije, cubre ampliamente ciertos campos importantes en la arqueología.

En arqueología hay varios renglones que deben considerarse de gran importancia y que son, de hecho, la rutina de investigación. En primer lugar está la tipología, que, para el arqueólogo, es la actividad básica; sin ella no se puede hacer nada. El trabajo que se publica aborda problemas importantes en sus estudios de tipología, incluso el examen de algunos de los rasgos que se han visto como característicos del Occidente en cuanto zona cultural. El libro toca también la tipología de objetos. Cabrero habla de tumbas de tiro, Hosler de la metalurgia, Darras y Hardy de lítica, Olguín y Suárez hablan de concha. El artículo de Sprager sobre el sistema de pesas y medidas es muy interesante también.

Los artículos sobre tipología

en trabajos como éste ofrecen un valor nuevo, como base para elaboraciones. Son de gran utilidad como citas, referencias, en búsquedas de datos y para esquemas. En este sentido, esa puesta al día hace esta publicación más valiosa todavía.

El material que contiene también es una buena guía para relación entre el Occidente y otras regiones. Una de las presencias, una de las características de cualquier definición arqueológica, un libro bueno de arqueología, con una definición regional, no sólo habla de la región, sino también de lo que tiene que ver con sus vecinos y sus contactos. En este libro se combinan tipología, relaciones y secuencias, lo que lo convierte en un instrumento muy útil. Podrá ser usado y citado por mucho tiempo.

También es sumamente interesante la manera en que está tratada la relación con sucesos históricos. Este aspecto en Mesoamérica constituye un serio problema desde el punto de vista metodológico. Desde el punto de vista del tipo de material, independientemente de todas las periodicidades y cronologías, en Mesoamérica en la época prehispánica hay dos periodos: uno arqueológico, en el que no hay datos válidos de fuentes, o para el que hay tan pocos que sus aportaciones son más bien curiosas que sustantivas. Luego hay un periodo con tantos datos de fuentes que la curiosidad es más bien el dato arqueológico.

Hay ejemplos claros: en el Centro de México, en el uso cotidiano, nadie se atrevería a tomar demasiado en serio la arqueología del posclásico tardío. El que hable de aztecas está hablando de historia, no de arqueología. El uso de ésta es sólo para matizar,

pero claramente no para elaborar estructuras fundamentales. No debiera ser así, pero así es de hecho. Una de las reglas para trabajar sitios y épocas para los cuales hay fuentes y arqueología es que debe tomarse muy en cuenta que ambas ramas del conocimiento están apoyadas en datos diferentes, usan criterios diferentes, se mueven en forma diferente y llegan a conclusiones diferentes, a veces contradictorias. Muchas veces, cuando esto no se toma en cuenta, el resultado es ficción. En el libro editado por Williams y Novella hay un espléndido artículo de Phil Weigand sobre Mexcaltitán, que ejemplifica de manera muy clara este problema.

El artículo introductorio de Eduardo Williams será leído, citado y discutido. Es claramente el producto de discusiones entre él y Phil Weigand y constituye un buen planteamiento general, además de que su importancia resalta por la falta de una definición sólida para el Occidente hasta ahora.

El libro reseñado es, en resumen, un buen ejemplo de lo que se puede hacer desde una región. Quizá haya que agregar algo. Que un libro como éste sea algo normal en Michoacán se debe a que existe El Colegio de Michoacán, lo cual es una gran fortuna. Es una pena que no haya muchos colegios más. *

Jaime Litvak King

**Charlotte Arnauld
Patricia Carot
Marie-France
Fauvet-Berthelot**

*Arqueología de Las
Lomas en la cuenca
lacustre de Zacapu,
Michoacán, México*

Cuadernos de
Estudios Michoacanos,
número 5, México,
CEMCA

Se trata de un excelente trabajo de campo, pulcro, detallado, que llena un vacío en la cronología de la región. La primera sección está dedicada al medio ambiente actual. La segunda, a la paleolimnología e historicidad del uso del suelo, al desecamiento de la ciénega de Zacapu y a la agricultura moderna. La tercera ofrece los objetivos, métodos y unidades de excavación. La cuarta atañe a la prospección, la estratificación, la cronología y el patrón de asentamiento. La quinta describe los complejos funerarios. La sexta refiere detalladamente las industrias arqueológicas. En esta última intervienen especialistas franceses y mexicanos.

Sus objetivos son:

1. la catalogación de datos de superficie y constitución de una muestra representativa;

2. la reconstrucción del paleoambiente lacustre-palustre prehispánico y su evolución;

3. la definición de los complejos culturales representados en Las Lomas;

4. la comprensión del patrón de asentamiento y de los patrones de uso del suelo;

5. la comprensión de los modos de subsistencia prehispánica y de explotación de los recursos del paleoambiente Lomas-ciénega.

Es interesante destacar que Las Lomas constituyen el sitio donde hubo una ocupación precoz relacionada con la Fase Loma Alta (100 a.C.-550 d.C.). En cambio el complejo Jarácuaro (550-600 d.C.) fue detectado en las riberas sur, oeste y norte, así como en sus lomas aledañas, y además en la península.

Destacan también la similitud entre las prácticas funerarias de esta región (conjunto funerario Loma Alta) y las cremaciones de los hohokam del suroeste de Estados Unidos desde 200 d.C.

Se propone asimismo que la ocupación de Las Lomas pudo ser especializada en actividades funerarias. Así, esta ocupación referida en el libro es una cara de la moneda; la otra, la que atañe a los contextos domésticos, es necesario hallarla y excavarla para tener el rango completo de actividades.

La tradición cerámica "Loma Alta" de pintura al negativo tiene una persistencia desde principios de la era cristiana hasta la época posclásica purhépecha y desaparece durante un tiempo en el horizonte clásico (550-900 d.C.). Se piensa que esto sea con-

secuencia de la presencia de Teotihuacan en sitios como Tingambato y Loma Santa María. Quizá habría que excavar sitios rurales de esta época, con el fin de ver si el "eclipsamiento" de la tradición local de cerámica hace referencia únicamente al hecho de que se tiene la información de algunos sitios importantes, pero no la de los ámbitos rurales, en los cuales pudo haber estado presente la alfarería con sabor regional.

Las autoras también observaron la presencia de elementos protoclásicos en Las Lomas, particularmente en ámbitos funerarios posclásicos (Milpillas) y urnas funerarias posclásicas en el ámbito funerario de Loma Alta. Es necesario distinguir aquí quiénes son los productores y quiénes los consumidores de dicha cerámica, y cuánto tiempo persisten estas tradiciones (en cronologías absolutas).

En relación con el tema del medio ambiente, quisiera destacar que en varias cuencas lacustres de Michoacán un grupo de paleolimnólogas y paleoclimatólogas británicas han detectado un periodo de sequía severa hacia 700-850 d.C. Particularmente en la cuenca de Zacapu las autoras del libro destacan la fase de más bajo nivel del lago hacia 850 d.C., fenómeno que tal vez esté relacionado con un cambio climático microrregional y que coincide con una fuerte sequía en Teotihuacan hacia 700 d.C., fecha de su colapso. *

Linda Manzanilla,
UNAM

**Rafael Diego
Fernández
(editor)**

*Herencia española en
las regiones de México*

El Colegio de
Michoacán, México,
1993, 541 p.

Los libros bien armados son un problema para sus comentaristas. ¿Qué añadir cuando el tema, impresionante, ha sido bien expuesto en cerca de 540 páginas, es decir, tres estudios introductorios (sobre la casa, el vestido, el sustento) y 18 ponencias? ¿Cómo criticar o sugerir después de siete buenos comentarios? Quizá vendría al caso hacer un resumen... Pero resulta difícil resumir, no sólo por la riqueza del contenido sino también por la originalidad de las exposiciones: en un campo todavía nuevo, cada autor pudo roturar a sus anchas, casi siempre con acierto. ¿Cómo “resumir” además el deleite, el entusiasmo, a veces cierta ingenuidad refrescante, que algunas páginas nos ofrecen?

Desde luego, esta obra es un logro del editor y de los autores, pero aún más es un logro debido al tema, viejo como la historia misma aunque alcance su plenitud —y autonomía— hace apenas unos años: nos referimos al tema de la cultura material. En México, salvo una que otra honrosa excepción, es la primera vez —gracias a antropólogos e historiadores— que esta forma de per-

cibir las cosas se impone con tanta claridad y fuerza.

¿Los autores supieron anticiparse a una (otra más) moda histórica? Si fuera así pronto se habrían dado cuenta de que la amplitud del tema podía ahogarlos; de que es algo más que “una solución novedosa”, ya que implica una concepción diferente del hombre en su entorno. Ésta, de todos modos, data de siglos atrás, por lo menos del Renacimiento.

Puesto que el tema del colquio era la cultura material de América, la mestiza, los autores no podían menos que decidirse por una pintura de castas para la portada. Como europeo, al reflexionar en primer lugar sobre la concepción de la humanidad que aflora a través de esta “civilización material”, quisiera tomar como punto de partida ilustrativo la interpretación renacentista que nos legó Bruegel el Viejo en su *Caída de Ícaro*. En primer plano, las labores del campo (un labrador, un pastor, es decir trigo, carne y lana); en el fondo aparece un puerto, símbolo de la sociedad urbana; entre los dos, el mar que surcan navíos y barcas (comercio y pesca). En este universo todo terrenal, todo material, ¿qué es lo que sirve de pretexto? ¿El paisaje y las preocupaciones cotidianas que transmite, o ese impacto, casi imperceptible de la caída de Ícaro? ¿Qué significa esa caída, el fracaso del espíritu, el regreso a su propio universo, el de la cultura material?

Es tal la riqueza de esta obra de Bruegel, que sirve muy bien para introducción al tema, e incluso al libro, ya que sintetiza, en forma magistral, toda la cultura material que América heredó, en pleno siglo XVI, de Europa.

Lo que domina el cuadro es la organización del espacio, es decir cultivo, pastoreo, mar y ciudad. Hay una línea clara que va de naturaleza salvaje a domesticada, a urbanizada. Y todo esto pasa a América; aparece en el libro en el primer apartado, dedicado a “la casa”, en realidad a los espacios —rancheros, urbanos, regionales o simplemente hogareños. La ruptura ciudad-campo, por lo demás, implícitamente, recorre el libro, ya se trate de hábitos, vestuarios, sustento, o simplemente de refranes (“en tu pueblo por tu nombre, en la ciudad por tu ropa”). Es éste un conjunto de textos de horizontes y autores diversos: el conocedor de su terruño; el demógrafo; los historiadores de las más diversas sensibilidades...; sin embargo, ninguno alcanza la fuerza de Bruegel. Su cuadro nos habla de la domesticación del espacio por la fauna, flora, arado y urbanización. En México, también esto es decisivo; sobre esos puntos, en las ponencias hay análisis más que síntesis. Es cierto que el del “avance de los ganados hacia el norte...” es un tema ya trillado, pero la relación hombre/ganado/culturas/cambios ambientales está aún pendiente de análisis más profundos. No todo naturalmente fue “herencia de España” —la fragilidad ecológica en ciertas zonas como Tepeaca es anterior—, pero sí es cierto que la llegada del europeo y sus “aliados” (ganado, plantas, microbios) tiene un peso decisivo en este punto.

El europeo “el hombre mediterráneo” llegó con sus propias concepciones y realidad material; también éstas las plasmó con fuerza Bruegel. Curiosamente, aquí el libro se vuelve más impreciso, hasta digamos “americano-centrista”: aunque hubo espa-

ñoles que participaron en el coloquio, éstos hablaron del espacio mexicano; nadie explicó llanamente qué "civilización material" heredaba América de España y de Europa, hacia el siglo XVI. Entonces, es preciso volver al cuadro de Bruegel: la escena de labranza en el primer plano nos dice, es claro, que es un universo aún campesino en más de un 80% de casos, herencia de siglos medievales. Pero el contraste entre las ruinas de una fortaleza, y el aspecto radiante de la ciudad-puerto indica que los tiempos han cambiado: la civilización occidental ha dejado de ser rural (y feudal), se ha vuelto urbana (y comercial). Más aún, en su vertiente mediterránea y católica, es extravertida, amiga del parecer más que del ser (otro refrán heredado: "Viste bien en la ciudad; en tu pueblo como quieras"). Aparece por lo tanto toda una sociabilidad exteriorizada, gestualizada. Hay aquí adelantos importantes, por ejemplo, los trabajos sobre la parroquia de Santa Catarina (México); pero falta, eso sí, un acercamiento a la calle, al barrio, pues son auténticos espacios de convivencia. Salvo algunas páginas dedicadas al arte de la mesa en Guadalajara, tampoco se ha tomado bastante en cuenta el gesto, la ritualización de esa sociedad, mediterránea por herencia.

Las páginas dedicadas al vestido son contribuciones de gran calidad en sí, pero una vez más el europeo busca los epicentros, los mecanismos evolutivos, mismos que aparecen desparramados entre la realidad americana y sus mestizajes. Aquí recordaremos los dos elementos de base, que nacen en Europa hacia los siglos XVI y XVII, asociados a la monarquía absolutista: la corte y

la moda. Las evoluciones (siglos XVII y XVIII) van a depender de los equilibrios políticos (modelo español, francés o inglés); del surgimiento en algunos puntos de Europa de fenómenos novedosos (principios del "consumismo", noción de confort e intimidad). Bien dibujados, nos permitirían conocer con más firmeza cómo en ciertos aspectos se integraron en México. ¿Cuál fue el papel, como modelo, de la corte virreinal? ¿Hasta qué punto el "pacto colonial" limitó las influencias exógenas? ¿En qué nivel el provincialismo "colonial" fue visitado por los "aires nuevos"? Cuando en Europa, desde el siglo XVIII, la vajilla era exclusivamente de cerámica (porcelana), en pleno siglo XIX las élites de Guadalajara seguían ufanándose de sus platos incómodos de plata, los que usaban desde tiempos lejanos ya.

En este sentido algunos elementos esenciales de las ponencias podrían haber tenido mayor relieve: ¿cómo respondía la débil economía española a los afanes de lujo de las élites americanas? Siempre me ha maravillado leer las listas de tejidos de las tiendas tapatías del siglo XVII y ver aparecer un mapa de Europa con los ruanes, cambrays, bretañas, holandas, colonias y diferentes manteles alemaniscos. ¿Qué fue lo que preparó el terreno para la gran embestida del siglo XIX? La sesión dedicada a la "acometida europeizante" es muy sugerente. Es dudoso que haya sido principalmente la ruptura de los lazos coloniales. En realidad llovía sobre mojado, y la civilización española participaba, por lo menos desde 1492, de la "cultura material" occidental; España era el caballo de Troya de Europa en América.

Española o europea, esa he-

rencia fue recibida, adaptada, "mestizada"; entró en proceso de aculturación (es decir de selección e integración) con los elementos de las civilizaciones colonizadas. Es el tema del libro, y remito a ello al lector. Quisiera aquí, simplemente, plantear una última pregunta o inquietud propia. Dentro de toda cultura material, un elemento esencial es la capacidad de innovación. ¿Qué sucede con esto en México, en tiempos de la Colonia? Sin entrar en detalles, a nivel social, cultural, esa capacidad es evidente: todo el México mestizo lo proclama hoy. A nivel material, tecnológico, hay que matizar mucho más, ya que los logros y los fracasos se multiplican. El caso del obraje demuestra que las innovaciones (por ejemplo, la fabricación de indianas) se pudieron imitar. En el campo minero fue más que una simple imitación: aún siendo de origen europeo, el proceso de amalgamación fue verdaderamente renovado en México. Claro que hacia 1800 los obrajes habían fracasado, frente a la concurrencia europea y a la producción doméstica, la cual era la negación de toda innovación. Por las mismas fechas, Humboldt anotaba que las herramientas individuales usadas en las minas eran las mismas que las que existían en Alemania a fines de la Edad Media. En cierta forma, tanto en el sector textil como en el minero la existencia de grandes cantidades de mano de obra menospreciada limitó la necesidad de cambios tecnológicos. Y por otra parte llegaba la "acometida desde Europa"...

Podemos pensar que en un tiempo no muy lejano los organizadores nos ofrecerán la contraparte de este coloquio: "la herencia americana". Anticipando el

evento, y quedándome en el terreno de la "herencia española", pregunto: ¿en qué medida los españoles del siglo XVI consideraron que América era una tabula rasa? Su afán de destrucción del pasado prehispánico, "el blanco manto de iglesias" con el que cubrieron el territorio, como se había hecho en Europa en tiempos también milenaristas, nos da

apenas elementos de la respuesta, pero son significativos. Por otra parte, ¿hasta qué punto esa cultura del aparentar no era compartida por las civilizaciones prehispánicas? ¿Y en qué medida las frustraciones nacidas de la colonización no acrecentaron su integración en esto que fue la antesala de la sociedad de consumo que es la nuestra? *

Thomas Calvo, CEMCA

HISTORIA MEXICANA

VOL. XLIV

OCTUBRE-DICIEMBRE, 1994

NÚM. 2

174

ARTÍCULOS

Rodoifo Pastor

De moros en la costa a negros de Castilla: representación y realidad en las crónicas del siglo XVII centroamericano

Juan Pedro Viqueira

Tributo y sociedad en Chiapas

Victor Soria

La incorporación del apartado del oro y la plata a la Casa de Moneda y sus resultados de operación, 1778-1805

Rosalina Ríos Zúñiga

La secularización de la enseñanza en Zacatecas. Del Colegio de San Luis Gonzaga al Instituto Literario (1784-1838)

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México, A.C., Suscripción anual: en México, 76 nuevos pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 32 dólares; instituciones, 50 dólares. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares; instituciones, 34. En otros países: individuos, 42 dólares; instituciones 60. Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a El Colegio de México, A.C. Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F.

Adjunto cheque o giro bancario núm.: _____

Por la cantidad de: _____

A nombre de El Colegio de México, A.C. por un año a HISTORIA MEXICANA

Nombre: _____

Dirección: _____

Código postal: _____

Ciudad: _____

Estado: _____

País: _____